

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO IV

Coordinación

VIRGINIA GUEDEA
ALFREDO ÁVILA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2008

NÚMERO 97

“El Ilustrador Americano.”— Número 22.— Agosto 8.— Velasco a Beristain, concluye.—
Noticias de varias poblaciones

ILUSTRADOR AMERICANO

DEL SABADO 8 DE AGOSTO DE 1812

NÚMERO 22

Concluye la carta del número anterior

Hechos mentirosos, imposturas las más groseras, y contradicciones manifiestas son en sustancia lo que usted estampa en su embusterísimo ilustrador de México. ¿Ha olvidado usted y hay uno siquiera que ignore la infame conducta de Trujillo en las Cruces, cuando prometió capitular, y halagados los nuestros aproximándose á las filas enemigas recibieron la muerte en recompensa de su necia credulidad? Conducta escandalosa, y que arrancó de la mano imparcial del sabio don Manuel Quintana, autor del semanario patriótico de Cádiz, las expresiones mas enérgicas contra un manejo que se presentaría como la prueba más incontestable de la ferocidad y barbarie de un pueblo inculto, salvaje o inmoral, ¿Y no es esto haber desde el principio reclamado los derechos de guerra? ¿Ignora alguno el arbitrario tratamiento que recibieron de ese cobarde musulmán los beneméritos patriotas que conducían pliegos de los señores Hidalgo y Allende? ¿Y es esto no haber desde el principio procurado exponer nuestras quejas, nuestros sentimientos y nuestras solicitudes? ¿Hay rincón de México donde no se haya leído con entusiasmo el plan de paz y guerra de Cos? y bien, cual ha sido el resultado si no mandarse quemar por mano de verdugo con un oficio en que agotando yo las expresiones de urbanidad y consideración, inculcaba a ese Venegas los mismos principios que Cos en su manifiesto, ¿Y es esto no haber procedido con la

circunspección que corresponde a una nación buena que solicita el reclamo de sus derechos? Cuando treinta y tres gachupines prisioneros en Pachuca ofrecían el dulce espectáculo de acabar con treinta y tres enemigos capitales ¿No escribió el excelentísimo señor Rayón a Venegas, y yo a Basoco y Yermo para que se verificase canje con igual número de los nuestros? ¿Y no es esto continuar en nuestros filantrópicos sentimientos de economizar la sangre humana? ¡Ah! solo un hombre que sabe como usted cuanto hay que saber en la ruinosa táctica de mentir puede haber estampado mentiras tan declaradas y que únicamente sirven para confirmar a todo el mundo que una causa injusta y desesperada no es posible apoyarse sino en los débiles cimientos de la impostura y de la falsedad.

A este modo son los demás negros dictérios del verdadero ilustrador de México, debiendo usted ya que se ha metido a escritor político inculcar otros principios que podrían influir en la pacificación de nuestra patria. No quiero renovar aquí los antiguos y justos sentimientos que obligaban a un movimiento de independencia, pero ya que usted a la sombra de su permanencia en la península pretende con sofismas y cavilaciones hacer creer la opinión y aprecio que allá se merecen los hijos de este suelo, desearía que usted me satisficiera a las degradantísimas expresiones con que el arzobispo Lizana describía el carácter moral de sus ovejas, quienes en realidad no tienen otro defecto, como las demás de América, que la nimia docilidad con que se dejan trasquilar de sus pastores, y aún despedazar por los crueles lobos de piel morada.

Vaya de prueba, en la oración fúnebre de Lorenzana predicada en Toledo e impresa en Madrid si explicaba el orador en estas o semejantes palabras: " ¿Y que no sufriría nuestro Lorenzana en México, donde según la relación que últimamente hemos recibido del actual prelado no hay fidelidad en los matrimonios, buena fe en los contratos, ni obediencia y reconocimiento a las legítimas autoridades?" Sí, señor Beristáin este era el concepto que

merecíamos a nuestro Lizana, ¿Y sería mejor el que tendría de nosotros Núñez de Haro? Y si en la península si hubiera tenido el aprecio debido a nuestra patria, a este suelo honrado y virtuoso ¿Se deberían haber permitido impresas unas expresiones que quizá no merecerían los sibaritas? Me parece que veo a esos perversos consulares acerar sus inmundas bocas a las aguas hediondas del predicador de Toledo, por no decir de Lizana, y tragar allí las blasfemias que después vomitaron en su asquerosa representación. ¡Ah hombre sin vergüenza, sin pudor, sin honor y sin moral! ¿No está usted comprendido en el informe de Lizana y del consulado? ¿No le toca a usted, en el concepto de ellos sino lo autómeta, lo inmoral? y ahora tomar sin descaro la defensa de aquellos mismos que pretenden se le quite a usted, como a todo americano el destino que disfruta, a no ser que vaya usted a semejanza de aquello de *Beristáin el bueno*, exceptuado en la regla general.

El asombro y la admiración se apoderaron de los habitantes de Madrid, donde yo me hallaba, cuando se supo la ciega obediencia de América a la que se llamaba suprema junta de Sevilla; pues decían los españoles menos preocupados ¡cómo prestar homenaje de majestad a unos hombres que no conocen, y sin aquellas protestas que eran regulares! tanto más, cuanto por desgracia se hallaban en aquellas corporaciones hombres de las más perversas y negras costumbres. Si, señor ilustrador, para nuestra junta se eligieron hombres superiores a toda excepción, sin que en la mordacidad de usted tuviesen otros defectos que la falta de instrucción y de luces; ¿Pero cuales eran los padres de la patria en Sevilla? ¿Quiénes eran los que manejaban el timón de su suprema junta? ¿Quiénes? el fraile Gil, hombre escandaloso y atrevido, castigado por el gobierno y penitenciado por la inquisición; y el conde de Tilly ladrón público y demasiado famoso por el robo perpetrado en Madrid en la calle de la Montera que le obligó a refugiarse a países extranjeros, ambos paisanos y seguramente amigos de Venegas.

Vaya por ahora esa guinda y amenáceme usted con aquello de *unus ex illis*, expresión dignísima de usted¹ para satisfacer al autor de las coplillas, y con que procura intimidar a esos desgraciados ciudadanos que querrían consumir a usted con la vista y la respiración.

En fin, me retrato de mi propósito y ofrezco contestar a usted si continua escribiendo; si usted lo hace por principios y con decoro yo observaré lo mismo; pero si pretende manejar, como acostumbra, las armas de los dicterios y desvergüenzas, sacaré a luz la vida pública y privada de usted y le pondré en términos de que o se confunda o todo el mundo se convenza de que su alma está reñida con el pudor, con la vergüenza y con cuanto hace apreciable a los hombres.

Ámeme usted como le ama su servidor.— *Velasco*.

Ha llegado a nuestras manos una carta que escribía en junio la condesa de Pérez Gálvez a su marido que se hallaba en Querétaro, por ella vemos cuan desengañada está la gente de aquella capital, aún la más preocupada, de que pueda Venegas con su infernal sistema lograr, no digo la pacificación del reino, pero ni aun prolongar como ellos desean una guerra que es en su concepto el arbitrio único de asegurar sus existencias.

Esta señora, honor de su sexo, se manifiesta en los términos mas insinuantes contra los falaces bandos del gobierno, tratando solo de asegurar la poca plata que se concede a los oprimidos habitantes de México, convencida como ella dice, de que luego repetirán otra orden para la colección de la que ahora se les ha dejado, no siendo otra la mente del tirano que saber las facultades de cada familia para exigirles sus inicuas contribuciones, y dejar a los vecinos reducidos a la indigencia.

¹ Jamás ha dicho Beristáin verdad sino en aplicar el *unus ex illis* a los verdaderos americanos; expresión de una mujercilla al príncipe del apostolado.

Confirma que el obispo de Puebla pidió a Venegas le quitase a los gachupines militares por serle insufribles sus excesos escandalosos, y añade que es insoportable el manejo que comienzan a observar en México esos hombres impíos e inmorales, principalmente en el teatro, donde insultan con descaro al público, bautizándolo de insurgente.

Pueblo fidelísimo de México ¿Cómo podéis tolerar a esos hombres que perecerían en un momento, al primer impulso de vuestra indignación?, cortos en número, cobardes por naturaleza, odiados de Dios y de los hombres ¿Podrían resistir un solo instante los esfuerzos de vuestro bizarro valor, hijo ya de la justicia, de la razón y del convencimiento? ayudadnos no solo con el corazón sino también con los brazos, y mientras aquí nosotros inspiramos a los vecindarios fidelidad y confianza, vosotros que componéis el gran pueblo de la nación, acreditad que queréis no solo ser llamados á la gloria sino también a la fatiga.— En la imprenta de la nación.

La edición del tomo IV de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Carlos Cruzado Campos
Raquel Güereca Durán
Eric Adrián Nava Jacal
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602